

El yo cartesiano

Alberto Vianney Trujillo Rodríguez¹

Fecha de recepción: 28 de agosto de 2017

Fecha de aceptación: 31 de octubre de 2017

Como citar este artículo: Vianney, A. (2017). El yo cartesiano. *Revista Fedumar Pedagogía y Educación*, 4(1), 17-22.

Este ensayo tiene por objetivo, examinar la consistencia del sujeto cartesiano, partiendo de las continuas afirmaciones que destacan a Descartes como el primero en plantar al *yo* pensante como el centro de gravitación y comprensión del mundo, al establecer a la conciencia individual como el criterio último para la aceptación de la verdad de un juicio. No obstante, resulta interesante examinar ¿Qué tan fuerte es el yo cartesiano?, ¿Qué tan autónomo e independiente es dicho sujeto? Ésta es la cuestión que se propone abordar el texto.

Inicialmente, llama la atención el uso frecuente del ‘yo’ y el ‘mí’ en la obra del pensador francés, cuestión que resulta novedosa si desde el retrovisor contemplamos el pensamiento escolástico teocéntrico y al frente leemos la sentencia moderna, afirmando que solamente lo que yo en mi conciencia vea como verdadero, debo aceptarlo como tal; nadie deberá ni podrá obligarme a cambiar mis convicciones por medios externos a mi conciencia; ésta parece ser la síntesis o principio fundamental en la construcción del edificio del pensamiento cartesiano, que se aleja de aquella época cuando solo sería una osadía el tratar de sobreponer el juicio individual a la autoridad de la tradición. Su tarea se centra en la búsqueda de un conocimiento que tenga un punto de partida bien cimentado, que no dé espacio a vagas conjeturas o discusiones estériles.

1. El método

Descartes (1998) inicia su *Discurso del método* aseverando que “el buen sentido es la mejor cosa repartida en el mundo: [...] ello testimonia que el poder de juzgar bien y distinguir lo verdadero de lo falso [...]

¹ Doctorando en Educación de la Universidad de Baja California – México. Magíster en Filosofía, Universidad Incca de Colombia. Licenciado en Filosofía, Universidad Santo Tomas. Docente Departamento de Humanidades, Universidad Mariana, San Juan de Pasto, Nariño, Colombia. Correo electrónico: avianney18@umariana.edu.co

es naturalmente igual a todos los hombres” (p. 13). No obstante, dicha realidad no es suficiente; es necesario aplicarlo bien, mediante la conducción de la razón, por unas reglas fundamentales, con tal de que tomara como firme y constante resolución de no dejarlas de observar ni una sola vez. Cualquier excepción es causa de error.

El método cartesiano es inspirado en la lógica, la geometría y la matemática; de ahí su carácter de universalidad, independiente del campo de aplicación o del saber que se aborde. Si se trata de definir qué entiende por método, es necesario ir a la regla IV de su obra *Reglas para la dirección del espíritu*, donde asevera:

Entiendo por método, reglas ciertas y fáciles, mediante las cuales el que las observe exactamente, no tomará nunca nada falso por verdadero, y, no empleando inútilmente ningún esfuerzo de la mente, sino aumentando siempre gradualmente su ciencia, llegar al conocimiento verdadero de todo aquello de que es capaz. (Descartes, 1989, p. 79).

Estas reglas a las que hace mención, inicialmente, son explicitadas en veintiuna, con su respectiva explicación y ejemplificación; sin embargo, en el *Discurso del método* son simplificadas en cuatro reglas, que siendo observadas muy estrictamente, sin ninguna excepción, garantizan la conducción del espíritu hacia la verdad.

La primera consiste en “no recibir nunca cosa alguna como verdadera que yo no conociese evidentemente como tal” (Descartes, 1998, p. 32); por ello recomienda evitar la precipitación en el juicio, de tal forma que solo se acepte como verdadero, aquello que no sea susceptible de duda, aquello que se presente de una manera clara y distinta.

La segunda regla, “dividir cada una de las dificultades que examinara en tantas porciones como fuera posible y como se requiera para resolverla mejor” (p. 32); analizar es descomponer lo complejo en cada uno de sus elementos simples, tarea que permite partir de lo evidente, de lo claro y distinto.

La tercera regla,

Conducir con orden mis pensamientos, comenzando con los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ascender poco a poco, como por grados, hasta el conocimiento de los más compuestos; y suponiendo orden aun entre aquellos que no se proceden naturalmente unos de otros. (Descartes, 1998, pp. 32-33).

Es decir, habiendo llegado a lo simple, ahora es necesario reconstruir en toda su complejidad; de la síntesis, procesualmente se asciende a la deducción, en la que encadena o concatena unas ideas con otras, de una manera ordenada y rigurosa, ampliando el conocimiento con verdades nuevas. Y, finalmente, cuarta regla, “hacer en todo enumeraciones tan completas y revisiones tan generales, que estuviera seguro de no omitir nada” (p. 33).

2. La duda

En Descartes parece evidente la influencia del escepticismo, corriente de pensamiento antiguo que pone en duda la capacidad del conocimiento humano para acceder a la verdad. Esta postura se atribuye a Enesidemo (100-40 a.C.), que rechazó tanto el dogmatismo puro como el escepticismo dogmático, que postulaban que algo puede conocerse o que nada puede conocerse, respectivamente, y propuso la suspensión de todo juicio en aquellas cuestiones cuyas fuentes resulten conflictivas. Quizá esta postura contribuye a comprender cómo el pensador francés pone todo su empeño a la tarea de aplicar una rigurosa y despiadada crítica escéptica a todo el conocimiento recibido, a todo conocimiento fundado en la tradición o en algún maestro; llega, incluso a dudar de la información suministrada por sus propios sentidos, puesto que estos son susceptibles de engaño.

Para deshacerse de todo lo que había aceptado como verdadero hasta entonces, Descartes (1998), decide someterlo todo bajo una duda que se justifica básicamente en cuatro argumentos:

- 1) Los sentidos no engañan,
- 2) Los hombres cometen paralogismos y se equivocan al razonar, de ahí la necesidad de desconfiar de los maestros, de la tradición,
- 3) Los mismos pensamientos que tenemos cuando estamos despiertos, se nos pueden presentar también cuando estamos dormidos, lo cual no nos da certeza de la diferencia entre el sueño y la vigilia, y
- 4) Puede existir un genio maligno, no menos astuto y burlador que poderoso, que ha puesto toda su industria en engañarme y hacer que me engañen a mí mismo. (pp. 47-48).

Después de hacer este ejercicio metódico de someter toda realidad, incluida su propia existencia, bajo la duda, Descartes (1998) toma un

camino hacia un punto firme, verdadero, claro y distinto que le permite construir el edificio de un conocimiento verdadero, que parte de un punto ausente de toda duda. Con este propósito, nuestro pensador hace el siguiente razonamiento:

Inmediatamente me di cuenta de que, mientras quería pensar que todo era falso, era preciso necesariamente que yo, que pensaba, fuese alguna cosa. Y al advertir que esta verdad: pienso, luego soy, era tan firme y tan segura, juzgué que podía recibirla sin escrúpulo, como el primer principio de la filosofía estaba buscando. (p. 48).

3. El yo pensante

Descartes (1993) pone al 'yo' como centro mismo del universo, porque lo primero y único que conocemos como claro y distinto es que *yo soy*, exigiendo a la vez el reconocimiento de la conciencia como primera y última apelación. Esta primera certeza permite al sujeto cartesiano salir de aquel presupuesto inicial, condición necesaria para llegar a una verdad, a saber, que debía rechazar como absolutamente falso aquello en lo que pudiera imaginar la menor duda, a fin de ver si después de esto no quedaría algo en su creencia que fuese enteramente indudable. Efectivamente, la proposición "pienso, luego soy", además de ser la primera verdad clara y distinta, revela que el yo es una sustancia cuya esencia es pensar, independientemente de toda cosa material o extensa. Así lo expresa de una manera concluyente: "Ya no soy, pues, hablando con precisión, sino una cosa que piensa; es decir, un espíritu, un entendimiento o una razón [...], soy una cosa verdaderamente existente" (p. 37).

Hasta este punto considero que no hay ninguna objeción a la consistencia del yo cartesiano, pero la cuestión que parece problemática es la manera cómo Descartes logra deshacerse de aquella duda expuesta anteriormente. Es claro que esta artimaña de lenguaje resulta una innovación en el pensador francés, quien asume inicialmente la actitud epistémica de una duda universal al ingresar al aposento donde se piensa, aunque la realidad cierta exista y esté a la espera en la salida. En uno de sus argumentos expresaba que se trataba de extender a la totalidad del conocimiento la sospecha de que sea tan vano y engañoso como las fantasmagorías del sueño.

Esta duda artificial que lleva a Descartes (1993) a fingir, incluso que no un verdadero *Dios*, sino un cierto genio maligno se empeña en

engañarlo, hace necesaria la abstención de pronunciar con certeza algún juicio a excepción de la seguridad de su pensamiento.

Para poder suprimirla del todo (la idea del genio maligno), debo examinar si hay Dios, tan pronto como encuentre ocasión para ello; y hallo que lo hay; debo examinar si puede ser engañador, pues sin conocer estas dos verdades, cómo voy a poder estar nunca cierto de cosa alguna. (p. 49).

4. La idea de Dios

Y si no es posible llegar a otras verdades, si no es partir de la única certeza obtenida, lo más lógico es profundizar y examinar el propio espíritu. En el yo, Descartes encuentra tres tipos de ideas: las ideas innatas, las ideas de advertencias y las ideas imaginarias, de las cuales las más importantes son las primeras, ya que están impresas en el alma y representan sustancias, que según la herencia es escolástica, y contienen una realidad objetiva. La idea innata más importante es la idea de Dios², idea que ocupa a nuestro pensador para hacer su demostración de existencia. Ese Dios es soberano, eterno, infinito, todo poderoso, conocedor y creador universal de todas las cosas que están fuera de él. Pero ese Dios no se reduce a ser origen que pone en marcha y ordena el cosmos, sino que deberá ser el garante del conocimiento humano, otorgándole la confianza para usar su propia razón, tal como lo expresa el mismo Descartes (1993):

Concluyo que Dios existe y que mi existencia propia depende de Él, enteramente, en todos los momentos de mi vida, derivando estas conclusiones de que la idea de Dios está en mí o también de que soy o existo, que no pienso que el espíritu humano puede conocer cosa alguna con mayor evidencia y certeza. Y ya me parece que descubro un camino que me llevará de la contemplación del Dios verdadero [...], al conocimiento de las otras cosas del universo. (pp. 70-71).

Ahora tenemos una segunda certeza: Dios, que salva del peligro del error o engaño, porque siendo perfecto, Él no engaña nunca; él es dador del buen sentido, facultad que no conduce al error si se hace buen uso de la razón. “Los errores nacen de la voluntad que siendo mucho más amplia y extensa que el entendimiento, no se contiene dentro de los límites, sino que se extiende también a las cosas que no comprendo”, expresará el mismo pensador en la meditación cuarta, cuando aborda lo verdadero y lo falso (Descartes, 1993, p. 76). En efecto, el error ya

² En *Meditaciones Metafísicas*, en la tercera meditación, aparecen unas pruebas, por lo menos tres pruebas, de la demostración de la existencia de Dios.

no está en el supuesto genio maligno, sino en el mal uso del libre albedrío, pero mientras se contenga la voluntad dentro de los límites del conocimiento, no puede suceder que ese sujeto se equivoque.

Llegando a tal punto, tenemos que no resulta tan fuerte y autónomo el yo cartesiano, sino que se necesita una fuerza extra que lo legitime; de ahí se explica que la demostración de la existencia de Dios revista una gran importancia en las dos certezas abordadas en este ensayo. Además de demostrar que ese ser existe, es necesario explicar que no es engañoso, sino garante de verdad; “es manifiesto que no puede engañar, pues la luz de la naturaleza nos enseña que el fraude y el engaño proceden necesariamente de un defecto” (Descartes, 1993, p. 111). En consecuencia, todas aquellas proposiciones que el espíritu ve claras, distintamente son verdaderas.

De esta manera queda expuesto claramente que en Descartes es la certeza en la existencia de Dios la que faculta al yo a aplicar universalmente y con confianza el criterio de verdad que ya ha sido sugerido por la reflexión sobre preposición privilegiada *-pienso, luego soy-*. El demostrar la existencia de Dios da seguridad y legitima de hacer uso del criterio de la claridad y la distinción más allá de la intuición del cogito. Es decir, que la certeza cartesiana no se funda únicamente en la razón, sino en la existencia de un ser perfecto que no puede ser engañoso, porque ¿cómo puede el hombre, que sabe que su única certeza es la de su propio yo, estar seguro de que el mundo de afuera es igualmente racional? Y Descartes responde que sabemos que Dios garantiza la verdad de nuestros pensamientos, porque nuestro mismo pensamiento lo demuestra. El dilema queda claro, pues si logramos demostrar si el conocimiento posee una garantía absoluta de su verdad, podremos alcanzar verdades universales, absolutas; en cambio si se prescinde de Dios como garante, el yo tendría que resignarse a un conocimiento hipotético donde todo será completamente relativo.

Referencias

- Descartes, R. (1989). *Reglas para la dirección del espíritu*. Madrid, España: Alianza Editorial.
- (1993). *Meditaciones metafísicas*. Medellín, Colombia: Edilux Ediciones.
- (1998). *Discurso del método*. (Trad. Díaz, J.A.). Bogotá, Colombia: Editorial Norma.